

LIBERTAD Y PAN

Aquellos que están preocupados de que la administración de Reagan carece de una apreciación de los problemas del Tercer Mundo y tales temores han sido ampliamente vociferados harían bien en considerar el discurso dictado en Ginebra recientemente por el nuevo representante de Estados Unidos ante la Comisión de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. El tema es el desarrollo, en el que han estado las iniciativas occidentales durante la pasada generación: un impulso patrocinado por el Banco Mundial hacia transferencias de ingresos y planificación estatal oficial; una letanía de quejas sobre la supuesta rapacidad de las grandes compañías; y una arenga constante sobre los peligros de que nazca demasiada gente.

Ahora, en medio de este debate, llega el representante del señor Reagan, Michael Novak, expresando la palabra que Estados Unidos parece haber abandonado: el «capitalismo». No «anticomunismo», sino «capitalismo». Capitalismo. Este es el sistema que permite al individuo invertir su capital y su trabajo y cosechar para sí la riqueza que produce, un sistema que afirma que la buena fortuna de un hombre es también la de otro. El uso por el señor Novak de esta palabra en medio del foro del Tercer Mundo, no es poca cosa y sólo podemos esperar que sea el primer acorde en lo que se convierta en una más amplia iniciativa por parte de la nueva administración.

Es, al fin y al cabo, tanto una ironía como una tragedia que Estados Unidos se haya dejado, en los años recientes, colocarse en la defensiva en el debate sobre el desarrollo. Es una ironía simplemente porque Estados Unidos es la nación más desarrollada y también la más libre, una combinación que ha capturado las imaginaciones del Tercer Mundo aun cuando Estados Unidos parecen estar recatándose de las ideas en que se basó su propio éxito. Es una tragedia porque los conceptos anticapitalistas que han tomado auge durante el período han producido incalculables reveses en naciones tan diversas como Tanzania y China, Jamaica y Burma, Polonia e India.

Sin embargo, el reconocimiento que el capitalismo pueda tener algo que ofrecer al Tercer Mundo ha estado creciendo últimamente por todo el Tercer Mundo. Es más, ha estado moviéndose en unos lugares extraordinarios, no sólo en capitales, tales como Pekín y Varsovia, sino en reductos, tales como Pyong Pyang. Y ninguna oportunidad podría estar tan madura como la que la administración Reagan está aprovechando para explicar algunas de las ideas básicas en las que se desarrolló Estados Unidos.

El señor Novak expuso bien el principio clave. Y es que la riqueza puede ser creada. La riqueza no es una cantidad limitada que se transfiere de naciones ricas a pobres. Es creada por la aplicación de músculo y cerebro humano. Esto, a su vez, quiere decir que el tener mucha población (amplia, pero erróneamente vista como el «problema» del Tercer Mundo) crea la oportunidad de tener más riqueza cuando les son dados el incentivo de poderse quedar con lo que producen y la libertad de usar su riqueza para su realización material y espiritual como lo deseen.

Este es otro punto clave. La libertad es una parte integral del capitalismo. Los Estados totalitarios que deniegan esta libertad, deniegan el incentivo al desarrollo y por esto es que han sido tan completamente sobrepasados. El Presidente Carter parece haber entendido este eslabón entre la libertad y el desarrollo; él declaró explícitamente en su primer gran discurso sobre política extranjera en Notre Dame, en 1977, que las grandes democracias del mundo no son libres porque son ricas, sino que son ricas porque son libres.

Pero luego presionó una campaña de derechos humanos que hablaba mucho de libertad de expresión, de asamblea, de religión, pero muy poco de la co-igual libertad: la libertad de empresa.

Aquí (en EE.UU.) existe la libertad de fundar empresas para realizar tareas demasiado grandes para propietarios individuales y un sistema legal en el que individuos y empresas pueden confiar.

Durante décadas una escuela de pensamiento ha estado atacando una variedad de empresas, la multinacional, por supuestas utilidades «obscenas». Pero ahora Estados Unidos ha enviado al señor Novak a estos debates preguntando: «¿Hemos de entender que las pérdidas son virtuosas?»

Otra escuela de pensamiento mantiene que el capitalismo no puede resolver el verdadero problema del Tercer Mundo la pobreza entre campesinos. Esto es un timo, en ningún lugar tan totalmente demolido como en un libro importante quizá poco conocido, titulado: «Riqueza de las Naciones en Crisis», cuyo autor, Ronald Nairn, propone una ética capitalista para la agricultura campesina. Lo lleva a uno desde las praderas de Estados Unidos, a los potreros de Nueva Zelanda, a las granjas de hongos de Taiwán y los arrozales de Tailandia y Japón, para demostrar el tipo de productividad que se puede desatar liberando a agricultores del Tercer Mundo de las inhibiciones gubernamentales y burocráticas.

La libertad es, en fin, la atracción enorme de toda esta idea del capitalismo. El comunismo, como señala el señor Novak, ha estado forzando a gran parte del Tercer Mundo a escoger entre pan y libertad, produciendo escasamente pan. Que la libertad y el pan pueden ser producidos conjuntamente, y esencialmente, sólo conjuntamente es precisamente de lo que se ha tratado en Estados Unidos. No podemos pensar en una idea tan relevante u oportuna como ésta, que Estados Unidos está remachando en el llamado diálogo Norte-Sur, y es alentador ver a la administración hacer un inicio tan elocuente como lo ha hecho el señor Novak en Ginebra.

(Tomado de Prensa Libre del 5 de abril de 1981, publicación de la Fundación Guatemalteca por la Libertad).